

de interrumpir la fiesta) ha de morir antes de las cuatro y media». Al llegar la hora, el otro no acude al reto y Paquiro se encuentra solo, como el torero de cartel que es. A pesar de ello, aún existía algo que debía de desfigurar el sentido de los versos. Así llegamos a la conclusión siguiente: el poeta (se refiere Barrios a García Lorca) creyó que la palabra «hermano» era pronunciada con la característica aspiración andaluza de la «h»; pero no se trata de esto, sino que quien se dirige a Paquiro es un «germano»; o sea, un chulo, un «guapo» valentón. La historia queda resuelta y, con ella, el pequeño enigma: «En el Café de Chinitas dijo a Paquiro un germano: soy más valiente que tú, más torero y más gitano»...

En otra circunstancia nos descubre Manuel Barrios cómo las expresiones populares son fuente algunas veces de equívocos. Es el caso de «Irse por los cerros de Ubeda», que se emplea, como es sabido, para motejar a quien desvía la charla hacia un tema o un juicio disparatado o absurdo. «Es curioso señalar —aclara el autor— que incluso escritores de muy reconocido prestigio literario han caído en la trampa que la frase lleva en sí. Canena —escribe el maestro Camilo José Cela—, antesala de los cerros de Ubeda... (*Primer viaje andaluz*). La verdad es que los famosos cerros de Ubeda no existen más que en la irónica invención del pueblo».

Nos recuerda el autor en este libro la historia de algunas conocidas expresiones. Citemos diversos ejemplos: «A buena hora, mangas verdes»; su origen proviene de la poca diligencia o el retraso en cumplir sus obligaciones de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, cuerpo encomendado para la vigilancia de los gitanos, y que vestían uniformes de vistosas mangas verdes.

«El chocolate, espeso». Rememora el autor a propósito de esta expresión las apasionadas controversias, incluso religiosas, que desató en España el nuevo producto venido de América, controversias que produjeron dos «escuelas» de aficionados al chocolate: unos, que lo recomendaban muy ligerito, completamente líquido, con una mínima cantidad de cacao (así se sigue tomando en muchos países hispanoamericanos); y otros, por el contrario, partidarios del chocolate espeso, al que llamaban «soconusco». Prevalció este último, y gracias a ello se acuñó la frase: «Las cosas claras y el chocolate espeso».

«Las cuentas del Gran Capitán». Nació la expresión por las cuentas presentadas al Rey por don Gonzalo de Córdoba, y que eran, desde luego, morrocotudas: «2.736 ducados en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas... 100.000 ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de sus enemigos tendidos en el campo de batalla... 160.000 ducados en poner y renovar campanas destruidas por el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo... Y una burlona apostilla final: Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer al Rey, que pedía cuentas al que le ha regalado un reino...»

«No es nada lo del ojo». Se refiere al torero Manuel Domínguez «Desperdicios», que en la tarde del 1.º de junio de 1857, cuando toreaba en la plaza del Puerto de Santa María, el toro «Barrabás» le tiró un terrible derrote, vaciándole el ojo derecho. Domínguez entró por su pie en la enfermería, tan animoso como para pronunciar la frase, que el pueblo amplió así: «No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano».

«A enemigo que huye, puente de plata». Expresión procedente de la frase que Melchor de Santa Cruz de Dueña atribuye, también, al Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba. Lope de Vega empleará la expresión en *La estrella de Sevilla*: «Que al enemigo / se ha de hacer puente de plata»...

«A la chita callando». Se remonta su origen al tiempo de los árabes, quienes introdujeron en España un animal, especie de gato montés, felino muy sanguinario, al que llamaban «saeta» (chita), utilizado para cazar. La «saeta» era mucho más rápida que los perros y tan sanguinaria que ya en tiempos de Alfonso X se prohibió la caza auxiliándose de este felino. Pero esta caza continuó realizándose clandestinamente con la «chita», pero en el mayor sigilo, «callando», de donde quedó el modismo que, a nuestro juicio —dice Barrios—, debe ser «a la chita y callando».

«A tontas y a locas». La frase la originó el fraile agustino Juan Farfán, convidado por unas monjas para darles un sermón, pero sin tiempo para estudiarlo. Llegado el momento, subió al púlpito y dijo: «Hoy predicaremos a tontas y a locas»... (No explica el autor del libro si el tal fraile pudo pensar que su auditorio estaba compuesto de tontas y locas). La expresión se popularizó en el siglo XVI, y Gaspar Lucas Hidalgo la registra en los *Diálogos de apacible entretenimiento* (1605).

Hay bellas coplas, origen luego de expresiones populares, como «¡Anda con él!» (o con ella), equivalente a las exclamaciones «¡Atrévete!» «¡Decídetel!», que provienen de la coplilla que dice:

*«Es tu cintura mimbre
que se mimbrea,
y tus labios, corales
que colorean.
¡Anda con ella!
¡Que te la vas llevando!
¡Que te la llevas!*

«Andar a la caza de gangas». Frase que ha ido transformándose con el tiempo, y que todos conocemos lo que hoy significa. Pero en su origen quería decir «perder el tiempo pensando alcanzar una cosa y que, cuando parece tenerla ya en las manos, se escapa o se deshace». Como el cazador, que yendo tras la ganga (ave), ésta le espera y, antes de que dispare el arcabuz, se levanta y se aleja. La ganga tiene la carne dura y es difícil de pelar; de ahí la frase de Góngora en su *Epistolario*: «No debe conocer quién es Armuña, su deán, ganga tan dura de pelar como de comer»...

Otra curiosa coplilla fue el origen de la expresión «Andar (uno) que bebe los vientos», que significa estar desasosegado, obsesionado por algo, especialmente relacionado con amoríos:

*«Por pillar a uno en tu puerta
ando que bebo los vientos;
como lo llegue a pillar
tienes en tu puerta un muerto».*

MILLAN CLEMENTE DE DIEGO

El fin de la consecuencia

La consecuencia es el resultado y la prosecución coherente de unos hechos o comportamientos determinados. Ser consecuente consigo mismo, con los demás, con las decisiones tomadas, con los proyectos de vida y, en términos amplios, exigir o esperar una consecuencia —lógica y coherente— en la sucesión de los hechos, voluntarios o casuales, era, hasta Enzensberger, quien ha irrumpido corrosivamente en el delicado asunto, un sistema de referencias dentro de la complejidad de los acaecimientos y la pretensión de otorgarles una ley aproximada de causa y efecto.

El poeta y ensayista Hans Magnus Enzensberger ha titulado uno de sus siempre interesantes artículos *El fin de la consecuencia* (forma parte del libro *Migajas políticas*, editorial Anagrama, 1984). En *El fin de la consecuencia*, compuesto por unas veintidós páginas, Enzensberger, en ese estilo peculiar que funde la experiencia personal, los recursos de la narrativa y el pensamiento y que está tan cerca del llamado «nuevo periodismo» (sin perjuicio de que ya lo practicara Julio César en sus comentarios de la guerra de las Galias), combate, como se sobrentiende, lo que ha venido siendo el tradicional prestigio de la consecuencia, es decir, la actitud que indica «firmeza de principios, radicalismo, incorruptibilidad, claridad libre de todo compromiso» y, en suma, el mantenimiento de «una consecuencia inexorable consigo mismo».

En general, *El fin de la consecuencia*, que sin duda es un artículo brillante, lucha contra el comportamiento inflexible y aquellos principios amenazados de desembocar en el fanatismo, en la contradicción y en la por una gran mayoría repudiada inconsecuencia, cuyo polo opuesto también recibe el nombre de la «jerga de lo unívoco».

La jerga de lo unívoco —dice Enzensberger— «brama desde la tribuna de continentes enteros y apesta todos los canales del discurso público». Enzensberger satiriza al extenso núcleo social que sin reparar en sus propias incongruencias clama por la inflexibilidad de los principios y de la rigurosa consecuencia, sugiriendo una cierta identificación con la «tenacidad autoritaria» que se advierte en los escritos de Carl Schmitt, Ernst Jünger y Martin Heidegger, aunque a Enzensberger no le gustaría afirmar que los alemanes se hayan arrogado para su uso exclusivo «la apología de los principios y la retórica de la inflexibilidad», en la que, por cierto, también los utopistas italianos, los teólogos españoles y los jacobinos franceses se dejaron guiar por la «consecuencia cruenta».

En tono de humor serio, Enzensberger se dispone a darnos a conocer lo que él llama «las alegrías de la inconsecuencia». Debemos la vida a la inconsecuencia, al tira y afloja. Prueba de ello es que no estaríamos en condiciones de enfadarnos por las palabras de Enzensberger si, por ejemplo, Nikita Krushev no se hubiese declarado en retirada con sus cohetes allá por 1962, cuando se produjo el amago caliente de confrontación entre Estados Unidos y la URSS, Cuba por medio.

Se sabe hasta dónde pueden llegar las cosas si se actúa sólo de manera consecuente. Enzensberger enumera algunos aspectos. Entre ellos destacamos que el capitalismo consecuente da lugar a dictaduras fascistas, que la lucha política consecuente conduce al terrorismo, así como la defensa consecuente de la seguridad estatal. En otro orden, la ecología pura desemboca en una agricultura paleolítica, y el comunismo entendido

a fondo lleva al campo de concentración, y el crecimiento económico sin claudicaciones tiene como consecuencia la destrucción de la biosfera, mientras que «la consecuencia de la carrera armamentista consecuente es la guerra atómica».

Son muestras. Enzensberger extrae una máxima de validez general: toda causa justa se convierte en injusta cuando se lleva a sus últimas consecuencias.

La retirada ordenada de una posición insostenible —sigue Enzensberger— es la quintaesencia del arte de la guerra. Si esto es oportunismo o acomodamiento, ¡benditos sean! Ideas de Feyerabend sobre la tendencia a objetivar nuestros sueños egoístas e imponérselos a otros hombres en forma de valores objetivos concuerdan con las estipulaciones de Enzensberger (Feyerabend, como sabemos, se ha hecho célebre por sus discusiones contra el racionalismo extremo y sus desconfianzas respecto al científicismo).

Enzensberger invita a pensar en las «ventajas de la inconsecuencia», que depara riesgo, libertad, fantasía, y termina con un discurso de alabanza a la testarudez, teniendo especial cuidado en diferenciar la testarudez de la consecuencia, pues la testarudez «es una cuestión de actitud y no de principios», no necesita explicaciones ni excusa y no puede tampoco ser «deducida» de la teoría (Enzensberger ejemplifica un caso de testarudez en la figura de Georg Elser, quien en 1939 le puso una bomba a Hitler).

Hasta aquí la exposición resumida del artículo *El fin de la consecuencia*, que tiene mucho de verdad generalizada en todo lo que se refiere a la desmitificación de las actitudes dogmáticas y monolíticas y a la imposibilidad de remitirse a principios sólidos absolutamente válidos, pero que en lo esencial comporta nociones de alguna manera equivocadas o discutibles y éstas no tienen nada que ver, por supuesto, con la existencia real y la conveniencia del pragmatismo puesto de relieve como tampoco con la simpatía ácrata y demoleadora que reflejan las palabras de Enzensberger.

Sin embargo, las dudas empiezan desde el principio. Porque hablar del «fin de la consecuencia» es dar por sentado que al fin la consecuencia se ha impuesto en el mundo, con efectos muy negativos, y que es preciso o legítimo combatirla hasta su erradicación, lo cual viene a querer decir ni más ni menos que la inmensa mayoría de los males obedecen al principio de la consecuencia y estamos comprendiendo a tiempo los desastres que encierra su desarrollo lógico, por lo que la comprensión equivale a otorgarle carta de naturaleza a su contrario, la inconsecuencia, y a desvirtuar la consecuencia.

Pues bien, no existe ninguna seguridad de que este establecimiento de la consecuencia se haya producido de manera rotunda, al extremo de requerir una defensa de la inconsecuencia, puesto que no está resuelto el problema de poder adjudicar los «signos buenos» y los «signos malos» del existir humano a una determinada «facción», consecuente o inconsecuente, y en realidad supone un grave compromiso achacar lo bueno que nos pasa a una consecuencia y lo malo a una inconsecuencia, y viceversa (el planteamiento de Enzensberger y su discusión pide este caos palabrero), habida cuenta de que por regla general la consecuencia detestable no se toma como resultado lógico y lineal de los supuestos dados, sino como una degradación y corrupción alejadas de lo que *tendría que haber ocurrido* y, por el